

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 22 de Junio de 1899

Núm. 448



Esplugas.

Si muero cuando me miren
con amor tus ojos negros;

manda, por Dios, que me entierren,
en los rizos de tu pelo.



Pocas palabras, pero...

ASI, casi estoy nervioso.

Digo casi, porque no me decido á perder aquella serena tranquilidad aconsejada por el sabio en los adversos negocios de la vida.

Yo, francamente, todo lo veo color de rosa, como los poetas cuando no dan en llorones. Si ocurre una desgracia, antes atino el remedio que el mal de que los otros se duelen, y nunca me doy á pensar en que por la herida hemos de morir.

Cuando todos ponen el grito en el cielo, y es mucho poner según mi cuenta, hablando de liquidaciones, desbarajustes, degeneración y otras zarandajas propias del caso en que nos han puesto las guerras y los mal llamados políticos, que triste gloria vean, yo *clamo*, allá en la segura

intimidación de mi pensamiento: «¡aun hay patria!» Apuesto la zapatilla izquierda de cualquier ministro, que si todos *á una* (no *á dos*, como piensa el gabinete actual) gritáramos así, no sólo habría Patria, sino Patria grande (con *P* mayúscula), excelsa, de las pocas que entran en libra, para pasmo y ejemplo de las presentes y futuras generaciones. ¡Qué! hasta libre, feliz é independiente, como en tiempos del cartaginés, aunque no tan incauta.

Pues volviendo á empezar, ó al principio, *o demo me leve* si sé cómo componérmelas: porque esta semana que me ha tocado á mí la crónica, por voto ó mandato del Director, á quien Dios dé su merecido, parece que, efectivamente, el diablo anda suelto y por tanto patas arriba. Luján dice: en estas cosas no se ha de ver la mano del gacetillero pedestre, sino la emoción del artista. Y yo respondo: ¿y qué hace uno cuando todo lo que puede recoger y trasladar es pura gacetilla, hasta los varios y divertidos accidentes del Congreso?

* * *

Y sinó, anoten ustedes, que agua, digo, piedra va.

Las nubes nos apedrean como si llevaran en su seno *fulmineo* toda una legión de chiquillos, que tomara el héroe de Cervantes por encantadores: en Castilla como en Cataluña, donde ha dado más fuerte eso de la pseudo-regeneración. Rompen cristales (hasta los de mi casa, digo, de la casa de mi casero); destruyen claraboyas y hacen *víctimas* cocheriles, escogiendo uno de los más vistosos representantes del gremio

No se oye hablar sinó de puñadas, palos, asesinatos y suicidios.

Y para postre, Silvela nos amenaza con la dictadura, y la Tabacalera con subir el precio de las cajetillas, de los paquetes y de las cajas.

* * *

Si he de ser franco, esto último es lo que más me ha conmovido: me parece el golpe más gracioso de cuantos vienen descargando en las asendereadas figuras de los españoles. La Arrendataria ha visto que resistíamos heroicamente á morir intoxicados, esto es, de venenosas picaduras, y quiere probar si nos mata á disgustos. Porque si, sobre ser mala, encarece la labor ¿quién diablos resiste este doble ataque? Ahora me persuado de que tenemos malos gobiernos; para nosotros el fumar es como ir á los toros y jugar á la lotería, y estas venturosas disposiciones de un pueblo debe facilitarlas (en lugar de entorpecerlas) un gabinete que trata de alzarse con el santo y la limosna de la regeneración. Si esas tres virtudes, que virtudes son, las confunden con los vicios los gobernantes, marran.

Por cierto que la Tabacalera se pierde de vista. Ya ha cerrado, según tengo entendido, sus almacenes, así se agoten todas las existencias en los estancos. A primeros de Julio las abrirá y así el tabaco que tiene en repuesto y que la compañía pagó al tipo ordinario lo cobrará con la prima morrocotuda que nos echan las nuevas ordenanzas á los fumadores. Ello no será justo, pero es negocio redondo y bonito. Y después salgan con que no vamos camino de ser la nación más próspera y feliz.

Y ahora si que digo que estoy casi, casi nervioso, por lo que pongo un punto más grande que la suerte de Martínez Campos, digan lo que quieran Turcos.

CLAUDIO UGENA

Un carácter

(Conclusión.)

Después de tomar el chocolate, don Casto sacó sus papeles y se dispuso á escribir, como todos los días, algunas cuartillas de moral en acción, ó moral práctica que decía él. Pero recuerdos vagos de su sueño venían maliciosamente á incomodarle, imprimiendo en su cerebro imágenes y formas reñidas con la moral que profesaba. Esto le entristecía: ¡á él, que jamás había tenido un mal pensamiento! Y se le antojaba que ofendía la pureza de Julia y su propia pureza con aquellas reminiscencias de un mal sueño. Cogió un libro, y nada: no consiguió fijar la atención en lo que leía. Paseóse por su cuarto y pensó en visitar á Julia; y lo pensó mucho tiempo, y dió en su mente muchas vueltas á esta idea; pero no se atrevió.



¡En marcha!

Repitiéronse los sueños y los remordimientos de don Casto, hasta tal punto, que pensó en llamar al médico; pero tampoco le llamó, temiendo que adivinara lo que él se empeñaba en negarse á sí mismo. «La moral práctica,» libro que escribía actualmente, yacía olvidado en el cajón de la mesa-despacho. Una mañana se atrevió y determinó ver á Julia.

Esta le recibió de confianza, en su salita de trabajo. Llevaba el rubio cabello, largo y sedoso, suelto sobre la espalda; un peinador blanco, muy blanco, le cubría los hombros y dejaba resaltar más sus formas delicadas, libres de las apreturas del corsé; á cada movimiento que hacía al andar, balanceábase su seno abultado, con un movimiento blando y voluptuoso; sus pies, metidos en unos diminutos zapatos color de rosa, asomaban por debajo de un sencillo vestido, color de café, incitantes y tentadores. Al andar, Julia cimbreábase voluptuosamente sobre su cintura, con una languidez y un abandono que fascinaban á don Casto.

El cual, sentándose en un diván, al lado de su vecina, le tomó una mano que ella no retiró, aunque sonrió con dulce candidez, haciendo pensar al moralista que «aquella mujer era el simbolo de la inocencia,» pues ni aún la noción del mal tenía. Don Casto abrió la boca para hablar... pero nada dijo. Julia miró la puntita de sus pies y sonrió nuevamente. El autor de «La moral práctica» la acompañó en aquella mirada, y al ver aquellos pies y aquel nacimiento torneado de piernas que, con toda inocencia, se le mostraba hasta el tobillo, recordó las imágenes de su sueño y tuvo un estremecimiento de frío.

Tras de esta visita vino otra, y otra y otras... hasta que el moralista concluyó por asistir á casa de su vecina mañana y tarde. Julia no pareció molestarse por esta asiduidad de don Casto; al contrario, se prestaba maravillosamente á la intimidad con que éste comenzaba á tratarla; y se familiarizaba tanto con él algunas veces que, al hablarle, le daba golpecitos en el hombro, arrancando al bueno del filósofo copiosas gotas de sudor. Hasta le refirió su historia, brevísimamente... «Educada antes de los dieciocho años en un colegio de monjas, salía á penas para entrar en la vida social, cuando perdió á sus padres y se quedó sola en el mundo, aunque con algunos bienes de fortuna; y para no ser molesta á sus parientes, decidióse á vivir en la sola compañía de Agueda, su criada, quien habiendo entrado á servir á sus padres antes de nacer ella, podía servirla á un tiempo mismo de criada y de madre.» Y mientras relataba con su voz dulce y melosa, que se pegaba á los oídos, esta sencilla historia, corrían por sus mejillas dos lágrimas, que don Casto hubiera bebido de buena gana, á no contenerle su timidez: «derramadas, añadió ella, en memoria de los seres á quienes debía la existencia».

Cada vez que don Casto salía de las habitaciones de su vecina, estaba más convencido de que la amaba sin poderlo remediar, porque ¡era tan buena, tan inocente! Y añadía para sus adentros:

—Lo que yo he dicho desde el primer día; es un alma virgen animando un cuerpo virgen. No me equivocó tan fácilmente en mis juicios.

III

Y no faltaba á don Casto convencimiento de esto mismo. Como que, habiendo comenzado por sentir remordimiento y temores, acabó por sentir mentalmente que el matrimonio no estaba en absoluto reñido con la moral; todo lo contrario: casi podía asegurarse que la moral y el matrimonio se complementaban, se necesitaban y debían ir juntos para que resultaran verdad indiscutible ambas cosas.

Esto lo averiguó don Casto de sobremesa (mientras saboreaba un cigarro habano, el único vicio

La Saeta

del moralista, que sólo fumaba después de las comidas, como que consideraba que era el tabaco ayuda eficaz para la digestión) una noche en que, á modo de extraordinario bebió una copita de Málaga.

El moralista se frotó las manos con satisfacción; había resuelto el problema, y poco le faltó para exclamar «eureka», como Arquímedes. Ya en este punto las cosas ¿por qué no hacer partícipe á Julia de tamaño descubrimiento? Mañana se lo diré todo — pensó don Casto; y sumó mentalmente las horas que faltaban para el anhelado mañana, y que se le antojaron muchas para su corazón impaciente. virgen de cuarenta años, lo cual es lo mismo que decir dos veces virgen.

Entonces reflexionó más seriamente: ¿Por qué no subir aquella misma noche? Aquí vaciló nuevamente el solterón. Jamás había visitado á su vecina á tales horas. ¿Serviría acaso su visita para molestarla?... Pero el moralista sentía en sus entrañas el calor del vinillo andaluz y esto le hizo atrevido por primera vez en su vida... ¡Fuera flaqueza! gritó con dramática entonación, como el héroe en verso de «Los tres problemas», y pasó el Rubicón... es decir, salió á la escalera. Y para dar un colorido más familiar, más íntimo á su visita, salvó los tramos que le separaban del piso superior, en zapatillas y un gorro encarnado, su compañero inseparable por dentro de casa, decidido á dar á Julia una lección de filosofía moral, metida en la cual le haría tragar su amorosa declaración.

Agueda abrió la puerta, y pareció sorprenderse viendo á don Casto; luego, ocultando en las sombras una sonrisa burlona, dejóle el paso franco y cerró la puerta tras sí. El moralista no necesitaba de guía. Conocía perfectamente el camino que guiaba á la salita de costura de Julia, aquella habitación retirada en que había nacido y crecido su tardío amor, primer amor de cuarenta años que le volvía loco, porque las pasiones, cuanto más tardías son más ardientes.

Llezado á la reducida antesala, antojósele á don Casto que oía rumor de conversación animadísima, y hasta se imaginó percibir estallidos de besos, lo cual hizo correr por su frente frío sudor. Detúvose en la obscuridad de aquella antesala, delante de aquella puerta cerrada que ansiaba franquear sin atreverse á abrirla. Allí vaciló nuevamente con el cerebro entorpecido por el vino. Oyó una carcajada y creyó reconocer la voz de Julia, que vino recta á clavarse en su corazón, mitad como dulce bálsamo, mitad como afilada punta de hierro. Entonces se atrevió, y abrió la boca con una precipitación que traducía fielmente sus temores de que algún pensamiento inoportuno le hiciera volver atrás.

Una bocanada de luz, de humo de cigarro, de vapores alcohólicos, de carcajadas, de voces vinosas, de besos impúdicos, de obscenas canciones, inundó al pobre de don Casto, haciéndole tambalear sobre sus anchas bases. En el primer punto no llegó á distinguir lo que había dentro de aquel foco de luz, de humo de cigarro, de vapores densos; pero en cambio oyó clara, sonora, irritante, la carcajada burlona, mordaz, que celebraba la aparición de aquel adalid de la moral en zapatillas y gorro colorado. El moralista había



Observando.



Rara avis.

La Saeta

penetrado, sin saberlo, en un templo de Venus afrodita, y así lo comprendió al punto, por instintos de su pudor sublevado. «Dió un paso atrás para huir...» Pero ya dos brazos mórbidos, suaves, blancos, le sujetaban por el cuello y le arrastraban poco á poco hacia el diván, mientras un aliento caliente soplaba sobre su rostro y le introducía entre los labios bocanadas de venenosos vapores que convertían á don Casto en un maniquí... Quiso hablar para arrojar en cara á Julia tanto vicio unido á tanta hipocresía; pero, al abrir la boca, le hermosa sacerdotisa de Venus le cerró los labios con un beso de fuego. Don Casto se dejó caer sin fuerzas sobre el mueble, sujeto siempre por aquellos brazos que le comunicaban un temblor nervioso, que no lograron quitarle algunas cañas de manzanilla, vertidas en su cuerpo por una mano traidora, que le dominaba, que le fascinaba, que le introducía un volcán en las entrañas.

Después de la entrada del filósofo volvió á cerrarse la puerta y continuó la algazara. Don Casto creyó oír al principio, vagamente, como en-

tre sueños, canciones obscenas, besos sonoros, rumor de caricias, todo esto mientras cerraba los ojos para evitar el mareo, y bebía caña tras caña de manzanilla. Después sintió que aquellos brazos opresores, incitantes, traicioneros, se aflojaban por momentos, al tiempo que la manzanilla le comunicaba un valor ficticio, soliviantado, por el cual abrió los ojos... Ya no se bebía ni se hablaba. El moralista sólo pudo sorprender miradas lánguidas, turbias y silenciosas caricias, á la vista de las cuales sentía frío en la piel y calor en las entrañas. Julia se había soltado por completo y se había medio tendido en una otomana con la cabeza apoyada sobre los muslos de un sietemesino, de un niño, hombre ya en vicios, cuyas indiscretas manos desabrochaban con nerviosa agitación el corsé de «aquel cuerpo virgen animado de un alma virgen», que decía don Casto, conocedor profundo del corazón humano. Julia, mientras dejaba hacer al lechuguino, miraba al moralista con sus ojos provocativos, rodeados del círculo morado que imprime el vicio. Un golpe de sangre en el cerebro fué la consecuencia



Los tres amigos.

que sufrió por haber abierto los ojos. Aquella sangre bajó luego á sus entrañas y produjo allí una revolución terrible. El sietemesino habló al oído á la adoradora de Venus. Esta miró por última vez á don Casto entre severa y risueña, como reconviniéndole por haber permitido que otro se le adelantara; y, viendo que don Casto nada decía, pasó su brazo alrededor del cuello del petimetre, y se dirigió con él, balanceando su cuerpo muellemente, á la puerta de salida. El moralista sintió entonces como un redoble de martillo en el cerebro, y una nube de sangre, encarnada como el gorro que llevaba todavía en la cabeza, pasó por delante de sus espantados ojos.

Aquella naturaleza virgen, robusta, cuyo fuego, concentrado allí durante cuarenta años, era mil veces más terrible que un volcán, ahora que despertaba, despertó repentinamente á los deseos, á las pasiones; se sublevó, se irritó, con una irritación de gigante: y saltando como un toro herido, el moralista se colocó al paso de la descuidada pareja, y de un puñetazo hizo rodar al sietemesino por el suelo, cogiendo luego á Julia entre sus brazos con tal fuerza, que por poco no le hizo crujir los huesos...

Al día siguiente salía en *La Correspondencia* esta noticia:

«Anoche se dió un grande escándalo en una ca.



En el vado.

La Saeta

sa de la calle... Según lo que ahora se ha traslucido, la cuestión se promovió entre un joven de buena familia y un hombre de edad madura, que se disputaban las caricias de una de las sílfides de aquella gruta del vicio. El agresor, según resulta de la primera declaración de los detenidos, es el conocido filántropo don Casto Moral, autor de varias obras morales, entre ellas «Influencias

psicológicas en la vida física» y «Moral práctica.»
»Un detalle.—El señor Moral, á quien se encontró estrechamente abrazado á la *horizontal*, motivo de la cuestión, y completamente borracho, sobre un charco de vino, llevaba zapatillas y gorro colorado.»

MANUEL BIELSA



Brindis.



El abate Kneipp, recomienda mojarse los pies,



pero, dan escalofríos, pensando en los peces que pican.

La cuartilla blanca

LOS SOBRINOS DEL CAPITÁN GRANT

¿Han pensado ustedes en lo que es una cuartilla blanca?

Puede que nó: si cae en manos de un ocioso se entretendrá haciendo con ella pajaritas; si la coge un negociante, mientras toma café, trazará números, y si la pilla un tendero hará cucuruchos.

Una cuartilla de papel tiene muchas aplicaciones prácticas, y hasta aprovecha para oficios bajos y ruines.

Yo estoy indignado con la Academia, quien no dice de la cuartilla, sinó que es la cuarta parte de un pliego de papel, aunque añade luego que el papel sirve para escribir y dibujar y... para usos diferentes.

¡Toma! escribe el que garrapatea y dibuja el que planta cabezas de burro ó patas de mosca, hablando á la vez distraído del tiempo ó de la crisis.

¡La cuartilla! Lo es todo: el mundo antes de ser creado; el campo en que cae la simiente que fructifica; el fósforo que enciende la luz; receptáculo de ideas; escala de lo infinito; eslabón de las sociedades á través del tiempo: fuerza sublime y tuerza diabólica; belleza, armonía, poder...

En una cuartilla se reconoce al hombre tales ó cuales derechos ó se le declara ilota; de ella salen los pueblos libres ó esclavos; una cuartilla basta para que se rompan la cabeza millares y millares



—Así escuchando de la mar

de combatientes; una cuartilla derroca á un gobierno y manda á la guillotina á Luis XVI; una cuartilla destruye el andamiaje celeste y nos hace cabalgar con los rayos de luz hasta las nebulosas; una cuartilla agita y conmueve á las muchedumbres y atrae el rayo de la cólera como provoca el eco para que repita los gritos de admiración y convoque á las hadas que tejen las coronas de la inmortalidad.

Perdonen ustedes este rasgo que no sé si llamar lírico; no quiero cantar á la cuartilla, soberana amante de la inteligencia, pura é inmaculada como una virgen antes de que la fecunde el pensamiento, y en la cual se repite perdurablemente el misterioso parto de Juno, en quien Júpiter se recreó para que concibiera á la Diosa de la Sabiduría. Su poder es tan mágico, que si á Newton le dió fuerzas para fijar las leyes de la gravitación, sirvió también á Bartrina de carricoche permitiéndole subir hasta los anillos de Saturno, sólo porque el poeta quería fumarse un cigarro montado en uno de ellos.

Cierto, y yo no sé negarlo, que la cuartilla descende alguna vez de su pedestal de la literatura, de la política, de la ciencia, del arte,



el melancólico rumor,

y se entrega livianamente á los malandrines de la literatura, de la política, de la ciencia, del arte, quienes la prostituyen. Ah, pero entonces cae en el barro con la maldición de Watan, y antes de que se consume el ayuntamiento nefando y asqueroso, pierde su blancura, porque los dedos de los follones la empuercan. Su parto es horrible, ahora parecido al de los montes ahora al de los monstruos. Cuando pasa á los cajistas, para que la fajen y limpien, se asustan y enfurecen.

Tiene también sus rasgos de coqueta, sus crueldades de mujer que no quiere entregarse con facilidad al ingenio que la solicita. Ocurre esto ó cuando ve que el amante es rematadamente tonto, ó cuando le exige como prenda de cariño el regalo de la inspiración. ¡Y si vieran entonces qué angustias, qué tormentos, qué pesadumbres para el enamorado infeliz! Entre los muchos amores que pudiera citar quiero contar uno, que pruebe (á los que admiran el fruto de este maridaje ó con él se deleitan), que no resulta todo tortas y pan pintado, y que la cuartilla es algo más de la cuarta parte de un pliego, por mucho que á la Academia le pese.

Carlos Tor era un periodista docto, aménisimo. Léasele con gusto, lo cual prueba



entre la luz crepuscular bogando vamos sin temor.

The Standard.



Si con el *marco* están bien,

que la cuartilla blanca no le regateaba sus favores. Estaba casado con una rubia muy rubia y amaba locamente á su mujer: por ella pasaba los días de turbio en turbio y las más noches de claro en claro, trabajando para los libros y los periódicos con fiebre de minero. Pero éste forjaba perlas y extraía oro para que su damita se regalase, para que luciese en la sociedad los encantos de su maravillosa hermosura. — Aproximábase el cumpleaños de la esposa, y coincidía con el del matrimonio de la pareja; Carlos se mataba en su labor, afanándose por reunir la suma suficiente para regalar y festejar con esplendidez de príncipe periodista, que si es rumboso no es nunca rico, al ídolo de su alma.

La víspera, adelantó Tor su tarea en el diario, forzando la máquina del cerebro, y no fué poco lo que tuvo que redactar: dos editoriales, una crónica de tribunales, el relato de un crimen misterioso y la crisis del ministerio. No volvía á casa antes de que asomasen en el horizonte las blancas de la mañana; pero aquella noche entró temprano. Metióse en su despacho de rondón, no queriendo despertar á su mujer, y puso manos á la obra. Faltábale una cuartilla y había de ser la más inspirada, nerviosa y valiente. — Pero la cuartilla blanca se empeñó en hacer oídos de mercader á sus requiebros; con los codos apoyados en la mesa, la frente entre las manos y la mirada fija en aquella que ahora era vestal incorruptible, requeríala amorosamente. La cuartilla seguía envuelta en su manto de inmaculada blancura. Desesperábase Carlos Tor y se daba á todos los demonios, y tanto llegó á amontonarse en ira, que dando un puñetazo espantable, se puso de pie y comenzó á medir paso tras paso, nerviosamente, la sala. En estas oyó ruido, y creyendo que el estrépito de su rabia había despertado á su mujer, acercóse á la alcoba. — Lo que vió ó lo que halló no es para descrito en breves palabras, ni importa su pintura al cuento. Diré que su mujer no estaba sola, y que cuando Carlos volvió al despacho despavorido, deshecha la figura, y apoyó inconscientemente la mano sobre la cuartilla, manchó la nitidez de ésta un horrible sello de sangre. Recordando entonces Tor las veleidades de su cuartilla blanca escribió en ella riendo como un loco: «Acabo de matar á un hombre en mi propia casa y no he tenido valor para herir en las miserables entrañas á mi esposa.»

Y cerrando la cuartilla, en lugar de mandarla á la imprenta, la envió al juez.

CLAK



sin *marco* resultan más.

The Standard.



— ¡El muy tonto no me sigue!

Novísima agencia matrimonial

Señoras: tengo el honor de ofrecer hoy mi Agencia donde obtendréis gran favor; pues, la que no... por amor, se casa por... *conveniencia*.

Fíjense en que soy sincero aquellas que juzguen mal; porque han de saber primero que este Centro opera igual que el mejor del extranjero.

Aquí, la más exigente como la más reservada, pueden estar al corriente que... gestión interesada, cumple á conciencia el Agente.

Ahora bien, *condicionales* tienen que ser ciertas cosas, de fijo muy *esenciales*, cual... las prendas personales y sobre todo... *juiciosas*.

Encargos y comisiones Sepan todos que han llovido; hay quien quiere... *relaciones*, hay también más de *un marido*, y hay muy buenas... *proporciones*.

Se informa con seriedad y con toda lealtad, con sus *comas* y sus *puntos* .. y se tratan los *asuntos*, con mucha formalidad.

No tema ninguna chica, que infortunada no logre el poner aquí *una pica*, siendo así que aquí la pobre se casa igual que la rica.

Mas entiéndase y repito, que es el primer requisito, saber *amar y sentir*, como también reunir... figura, genio y palmito.

No obstante debe aclararse que á querer modificarse tales reglas terminantes, la excepción ha de salvarse, de acuerdo por los *amantes*.

En las *ricas*... ya es distinto; por la *elocuente razón* de que disponen del *Don*, arreglando *tercio y quinto*, el asunto en conclusión

En suma, el autor firmante, espera de la hidalguía de toda dama aspirante, se digne amable y galante, mandar su fotografía.

NOTA:

Se contesta al sexo bello que ocupe nuestra atención: (No hay que enviar ningún sello para la contestación.)

Por la agencia,
FRANCISCO MARTINEZ VALLEJO

¡Oh, el modernismo!

Despacho del director de un periódico importante.
Personajes: DIRECTOR. GARCÍA (redactor). GODÍNEZ, joven modernista, decadentista y... esteta.

GARCÍA.—Señor director, un joven... así, bastante extraño, pregunta por usted.

DIRECTOR.—¿Su nombre?

GARCÍA.—No lo ha dicho; ha manifestado que le mandaba don Junípero Buencia.

DIRECTOR.—¡Ah! Yo lo creo; pronto García, que pase ese joven; es recomendado de Buencia, y á éste no hay que desairarle: vale mucho, tiene talento, y sobre todo muy mala lengua; le hace á usted un chiste (sobre cualquier cosa ridícula de usted ó de su familia) en menos que canta un gallo.

GARCÍA.—¿A mí?

DIRECTOR.—A usted ó á mí, á todo el mundo; es una especie de pulga. Se pasa la vida levantando ronchas; no hagamos pues esperar á su protegido.

GARCÍA.—Voy á buscarle (sale).

DIRECTOR.—(monologuando). Sí, con estos chicos modernistas toda precaución es poca, y muy malo que la tomen con uno, porque, no es que den picotazos de águila ¡pobrecillos! pero sí pinchazos de mosquito, y esto, siempre resulta desagradable. Recibamos, por tanto, y de buena manera, á este joven.

GODÍNEZ (saludando desde la puerta).—¿El señor Director?

DIRECTOR.—Servidor, pase usted... Tenga la bondad, siéntese...

GODÍNEZ.—Gracias. Mi amigo Buencia...

DIRECTOR.—Sí, ya sé, me ha hablado de usted con entusiasmo; sé que vale usted mucho...

GODÍNEZ.—¡Yo!...

DIRECTOR.—Sí, no sea modesto.

GODÍNEZ.—Digo que yo... ya sé que valgo, esto no admite lugar á duda; pero, como no siempre el genio es comprendido, sobre todo, á las primeras de cambio...

DIRECTOR.—¡Bonito giro!

GODÍNEZ.—Sí, señor; hay que procurar darse á conocer, demostrar á todos estos imbéciles...

DIRECTOR (mirando en derredor).—Estamos solos.

GODÍNEZ.—Digo en general; llamo así al público, á los escritores, porque, sí, señor, estamos padeciendo la tiranía de la imbecilidad, y esto ya no se puede soportar por más tiempo.

DIRECTOR.—Muy justo.

GODÍNEZ.—Rompe-mos, por lo tanto, con todo lo viejo, rutinario y anticuado que en nuestro país existe; despreciemos las reputaciones adquiridas; odiamos las obras que han conseguido renombre y sepultemos en el olvido á esa turba de escritores que hasta ahora nos han dado la castaña.

DIRECTOR.—Y diga usted, y esto no es contradecirle, ¿qué nos queda entonces?

GODÍNEZ.—¿Cómo que nos queda? Nos queda la luz, lo nuevo, lo exótico, lo que hasta ahora no se ha explotado, lo moderno, esa es la palabra; quedamos nosotros, quedo yo.

DIRECTOR.—¡Bravo joven! ¿Y qué harán ustedes?

GODÍNEZ.—Todo.

DIRECTOR.—¡Bravo otra vez!

GODÍNEZ.—Escribi-



Hasta los toros de Miura, me respetan

La Saeta

remos novelas, verdaderas novelas, *chorreando* psicología por todos los capítulos, no como aquellos que escribían Galdós, Pereda, Palacio Valdés y tantos otros; no, señor. Mire usted: yo tengo pensada una, que, créalo usted, ha de ser una preciosidad.

DIRECTOR.—Lo creo. ¿Qué asunto?

GODÍNEZ.—Unos amores; es lo único viejo que tiene. Describo las relaciones entre la *Pingajos* y el *Posturas*.

DIRECTOR.—Bonitos personajes.

GODÍNEZ.—También anda mezclado entre ellos un príncipe italiano y una *cocotte* francesa, ¡pero qué bien! ¡Oh! he de lograr pintar el alma de la *Pingajos*, tal como yo la imagino; he de dar á

conocer las *exquisiteces* del *Posturas*, porque ¡si viera usted qué interesantes son esos tipos! los anhelos y vaguedades de alma femenina en ella y los arranques viriles de él, me inspirarán páginas tiernísimas.

DIRECTOR.—¡Ah, claro! ¡Han de ser ideales los *arranques viriles* del *Posturas* y los anhelos de la *Pingajos*! ¡Son dos tipos verdaderamente sentimentales! ¿Y en la poesía?

GODÍNEZ.—¡Oh! Mi lenguaje favorito. Mire usted, he inventado catorce medidas nuevas para el verso.

DIRECTOR.—¡Hola!

GODÍNEZ.—Sí, señor; ¡es tan antiguo eso de octosílabos, endecasílabos y aun alejandrinos! Mire

usted, tengo una composición, en versos de diez y nueve sílabas alternando con otros de tres sílabas, que ya verá, ya verá; es una combinación que uso mucho para llorar de engaños.

DIRECTOR.—¿Pero parece verso?

GODÍNEZ.—Diré á usted: al principio nó; pero eso es lo de menos: yo no escribo para el vulgo; *hago* mis producciones para los intelectuales, los que saben apreciar estas cosas ¿está usted?

DIRECTOR.—Claro. ¿Y hay más?

GODÍNEZ.—¿En poesía? *Ya* lo creo, tengo en preparación un volumen de poesías eróticas, que ya verá usted: no hay dos composiciones de proce dimientos iguales, entre las treinta y ocho que llevará el libro.

DIRECTOR.—¡Muy bien! Veo que las alabanzas de nuestro amigo Buencia no eran injustas; usted vale, se lo repito, y como tengo satisfacción en ayudar á todo el que como usted empieza con bríos, le ruego me dé algún artículo para el periódico.

GODÍNEZ.—¿Cómo le quiere usted?



¡Cuidado, que las pisas!



Dispuesta á bailarse algo flamenco.

Remembranzas

Desde el cuarto en que vivo,
cuarto cuyas paredes
testigos de las penas que me afligen
han llegado de mi á compadecerse,
siento todas las noches
una voz dulce y tenue,
que, hiriendo gratamente mis oídos,
todo mi ser conmueve.
Es la voz de una madre cariñosa
que con vaivén pausado á su hijo mece
mientras canta con mística dulzura:
«Duerme ya, vida mía, duerme, duerme.»

Ese canto sencillo me recuerda
cosas que yo he perdido para siempre:
Manantiales inmensos de ternura,
castísimos placeres,
sueños rosados que á los pocos años
venturas mil prometen,
horas de dichas que, por ser muy gratas,
fueron también muy breves,
ojos brillantes que por un momento
se fijaron en mi de modo ardiente,
promesas que me hicieron
de amarme con locura siempre, siempre...

DIRECTOR.—No sé; como más se lleve.
GODÍNEZ.—¿Le quiere usted de costumbres ó de crítica?
DIRECTOR.—Eso, de crítica.
GODÍNEZ.—¿Crítica fuerte ó sencillita? ¿molestando á dos ó
tres personas nada más, ó metiéndonos con altas persona-
lidades?
DIRECTOR.—¡De esos!
GODÍNEZ.—Le tendrá usted; precisamente germina una idea
en mi cerebro á que inmediatamente daré forma.
DIRECTOR.—¿Con que una idea? ¡rara avis!
GODÍNEZ.—Sí, señor; estoy harto de oír alabar á Cervantes,
Víctor Hugo, Shakespeare, Calderón y otra porción de
imbéciles.
DIRECTOR (*levantándose incomodado*).—¡Joven!
GODÍNEZ.—¿Qué?
DIRECTOR (*reponiéndose*).—¡Usted es un genio! Corra, corra
á escribir ese artículo y tráigamelo en seguida.
GODÍNEZ.—Sí, señor, voy; con que, con el permiso de usted.
DIRECTOR.—Adiós, señor Godínez, soy su servidor.
GODÍNEZ.—Lo mismo digo, muy buenas.
DIRECTOR.—¡Ah! dígame; si ya no podemos contar con esas
personalidades que usted va á derribar ¿en quién creere-
mos?
GODÍNEZ.—En un chico ruso, que ahora se encuentra en
Madrid y que versifica en español como los ángeles.
DIRECTOR.—Corra, corra á escribir el artículo. (*Pausa. Al
quedarse solo*) ¡Dios mío! ¿son estos los que vienen?

AGUSTÍN R. BONNAT

No comprendo como hay quien pase el tiempo y utili-
ce su arte en copiar la imagen de un mono. Me parece que
uno se envilece, divirtiéndose con las muecas de esos ani-
males; pero cuando bajo esas muecas se goza en buscar
trazas de semejanza con los humanos, entonces, además
de envilecerse, da pruebas de una verdadera maldad.

El amor de las caricaturas y de los plagios, va en mi con-
cepto unido á una inevitable pequeñez de alma; le estoy
agradecidísimo á mi buen maestro, por no haberme im-
puesto el estudio de la historia natural: jamás hubiera po-
dido familiarizarme con los gusanos ó con los escarabajos.

GOETHE.

En baraunda gárrula va todo
pasando por mi mente
mientras el triste canto se repite:
«Duerme ya, vida mía, duerme, duerme.»

¡Ah! Dichoso mil veces aquel tiempo
en que á mí me mecían dulcemente
cantando de igual modo que esa madre
canta mientras con pausa á su hijo mece.
Pasó con rapidez vertiginosa
con sus puros placeres
y no me quedan lágrimas
con que poder llorar amargamente
al recuerdo de aquellas mil venturas
que ya tengo perdidas para siempre.

Por eso cuando siento
esa voz dulce y tenue
que hiriendo gratamente mis oídos,
todo mi ser conmueve,
me hace temblar de miedo
del niño aquel la suerte
y digo enternecido:—¡Dios piadoso
Si ese pobre inocente
se encuentra como yo predestinado
á sufrir siempre, siempre;
si ha de mirar con aflicción perdidos
castísimos placeres;
si ha de apurar el cáliz venenoso
que le brindan del mundo los vaivenes,
haz que duerma ese niño en el regazo
de la madre amorosa que le mece,
haz que duerma en seguida,
mas ¡por piedad, Señor, que no despierte!

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



Mimosa.

Rentlinger.

El vencedor

CAPITULO EQUIS

Del muy importante acontecimiento habido entre Blas y el espadachín Zuzarte, con otros sucesos que dan remate á esta verídica narración.

Hallábase Genoveva, compungido el rostro, en su habitación, cuando entró su padre, quien al verla en aquel estado, dijo: « Ya sabes que me causa enojo encontrarte así; y harto he repetido que no quiero que fijes la atención en Blas, pues sobre no tener oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, no sirve para nada. » « Padre (contestó ella con decisión):

no diga usted eso. Es Blas, muchacho desgraciado á quien nadie puede ver no sé por qué; mas esté usted seguro de que valdrá mucho: que es joven y robusto, y no me cabe duda de que ha de ser buen labrador. » « Estás alucinada, muchacha (adujo el padre, queriendo terminar): el mocito será siempre un sér inútil, despreciado por el pueblo. » Y salió, dejando á Genoveva más afligida.

Así estaban las cosas, cuando una mañana corrió la espantosa noticia de que el intrépido Zuzarte volvería á aparecer de un momento á otro, amenazando á la tranquila muchedumbre con algunas de sus fechorías. Los ánimos no estaban tranquilos, y las gentes vigilaban mucho y se retiraban muy temprano á sus albergues.

Los padres de Genoveva, que gozaban de buena posición, habían dicho en varias ocasiones refiriéndose al terrible personaje, que harían un importante regalo al guapo que se sintiera con bríos para acabar la vida de aquel bravo invencible.

Llegó á oídos de Blas semejante oferta, y no hay para qué decir si le llenó de júbilo. A solas improvisó este monólogo: « Muéstraseme lo porvenir risueño. Adoro á Genoveva y la niña me co-

rresponde; pero nuestro casamiento no parece fácil. Sus padres me tienen inquina: y ¿quién sabe si al fin de la jornada ocurriría algo gordo? Pero en vista de que la cosa presenta otro aspecto, voy á jugar el todo por el todo; y el que se encarará con ese gran Zuzarte, va á ser Blas. Sí, yo. Y por cierto que casi empezaba á tener deseos de conocer al tal valiente; son tantas las heroicidades y hechos espeluznantes que de él se cuentan, que de fijo, de fijo, debe existir alguna exageración. Acaso sea verdad cuanto se dice. Y bien, aunque fuere así; mejor que mejor. La lucha



BELLAS ARTES. — Las nintas y el Sátiro.

La Saeta

parecerá más interesante... Pero se presenta una dificultad. Ese matachín, dicen que usa una vestidura especial. Su casco y su coraza le resguardan perfectamente; y además, su espada debe de ser *tamaña*... No importa. Combatiré con armas de menor peso y así la ventaja quedará de su parte. Después de todo, si la Providencia me ayuda y consigo salir victorioso, podré decir con orgullo que luché con fuerzas más escasas. Voy en busca de mi arma predilecta. En el bosque he de hallarla, y no será menudo y recio el palo que saque de allí.» Y Blas, satisfecho de sí mismo, fuése á preparar todo, con grandes deseos de terminar cuanto antes aquella próxima aventura, en la que iba á jugar su destino.

Llegó la noche. La luna brillaba en el creciente. En el pueblo, á pesar de no ser más que las

nueve, habíase entregado la generación al sueño y nada absolutamente se oía. Uno, sin embargo, vigilaba, paseándose tranquilamente por las desiertas calles, y corriéndose de vez en cuando, á las afueras. Ya se habrá figurado el lector que era Blas el trasnochador. El chico estaba impaciente; pero se detuvo de pronto al escuchar el ruido de una armadura. Por un promontorio veía descender al arrogante caballero que presentaba magnífico aspecto, con su traje de metal bruñido; reflejaban en él los argentados rayos de la luna. No tardó en ponerse á corta distancia de Blas. Este le esperaba impasible. Zuzarte preguntó con voz de mando: «¿Quién se atreve á cerrarme el paso?» Blas contestó: «Quien puede y quiere.» «Poco cortés es la respuesta, muchacho; pero deja franco el camino, si no quieres que te retuerza el pescuezo.» «Ríome yo de tales valentonadas.» «Menguado, ahora vas á ver lo que te cuesta tu osadía.»

Y Zuzarte avanzó resueltamente, desenvainando su descomunal espada. Arremetió con furia á Blas. Este, con la poderosa ayuda del palo y desarrollando su fuerza hercúlea, paró con destreza aquel diluvio de estocadas, tiradas sin pizca de maestría. El guerrero gritaba enfurecido: «Gran condenado, pronto voy á terminar contigo.» Y descargó á diestro y siniestro tal número de golpes, que el mozo se vió en el caso de redoblar su atención. Sucedió que Zuzarte, después de atacar con gran denuedo, sintió la fatiga consiguiente. Aprovechóse Blas, con breve y rápido movimiento, descargando sobre el pecho de su adversario un golpe terrible. De nada sirvió aquel ímpetu arrogante, porque la coraza paralizó el efecto. El espada-chín, riendo, exclamó: «¡Ah! tunante, buen chasco te has llevado; pero esto se prolonga mucho y voy á ver si te despachó en menos que canta un gallo.» Y volvió á tirar una porción de estocadas. Pero lo cierto era que por su mucha ceguedad, no veía á donde amenazaba. Llegó á descomponerse tanto, que Blas creyó llegado el momento decisivo. Con asombrosa agilidad retrocedió un paso, y haciendo con el palo un manejo singular, descargó entre el cuello y la cabeza de Zuzarte tan formidable golpe, que

en el acto paralizáronse sus movimientos. Después tambaleóse, cayendo pesadamente...

Blas se aproximó. Convencido de que no respiraba, se fué tranquilamente á su casa.

En el campo, y casi á la entrada del pueblo, quedaba sin vida aquel famoso asesino, que había sido el terror de toda la comarca.

La noticia de su muerte, produjo en Villacalmosa entusiasmo indescriptible; y cuando se supo que el vencedor había sido Blas, fueron en su busca la mayoría de los mozos y algunas mujeres, y le pasearon triunfalmente por las calles, aclamándole sin cesar.

Los padres de Genoveva, ocultaron el júbilo inmenso que embargaba sus almas; pero en seguida que vieron al pretendiente de su hija, no pudieron contenerse y le abrazaron. Don Tadeo le cogió por su cuenta y le dijo: «Chico: tú te lo has ganado. Elige el regalo: un puñado de onzas ó la mano de Genoveva.» «El dinero no me seduce; me quedo con Genoveva, á quien adoro.» «Pues casaos cuando queráis; y á ver si sabes conquistar nuestro aprecio, para que la felicidad sea completa.» «Pronto se convencerá usted.»



Préndela bien que si cae
y me aplasta un pie en el suelo,
me va á hacer ver muchas más
estrellas de las que llevo.

Blas salió brincando de gozo, y fuese en derecha á la huerta, donde sabía que había de hallar á la escogida de su corazón.

Al cabo de ocho días celebráronse sus bodas con gran solemnidad. Hubo gran repique de campanas, y don Tadeo, orgulloso de poseer como yerno al vencedor de aquel gran Zuzarte, quiso mostrarse espléndido, convidando á todos.

Por la noche los vecinos estaban congregados en la plaza, y en el portal de la casa de don Tadeo. La señora Pepa, su mujer, andaba muy gozosa por la cocina, preparando algunos comestibles.

No tardó en improvisarse el baile al aire libre. Algunos mozos rasgueaban las guitarras cantando coplas. Entre el ruido de las castañuelas y el bullicio de la gente, á duras penas pudo oirse la voz de don Tadeo, quien, desgañitándose, gritó: «El que quiera hechar un trago, que suba.»

Al instante quedó invadida toda la casa. Para

fin de fiesta, se comió jamón en abundancia y se bebió mucho. Cuando ya la despensa estaba vacía, y exprimido y arrugado el pellejo de vino, empezaron todos á sentir los efectos del sueño. Paulatinamente, y entre apretones de manos y enhorabuenas, despidiéronse, quedando *Villacalmosa*, tranquila y sosegada...

Blas y Genoveva, estaban en el balcón respirando con deleite la suave brisa del monte. Era muy tarde, y los astros iban apagando sus luminarias. La amante pareja se retiró también. Al llegar á la habitación que se les había destinado, quedaron agradablemente sorprendidos. La salita estaba amueblada con gusto y sencillez. Los cortinajes de la alcoba aparecieron muy bien planchados.

Sentáronse los novios, y empezaron á hablar de sus amores, de su dicha, y entre ternezas mil corrió el tiempo y se apagó la vela, cuando por los resquicios de la ventana, comenzaba á penetrar la pálida luz de la Aurora.

FRANCISCO COLLADO

ENTRE RASTIDORES



Cuento picaresco.

The Standard.

Epigramas

Consumada los periódicos
llaman á la actriz Lucila;
mas como gastada está
y vieja, mejor sería
que en vez de actriz *consumada*,
la llamaran *consumida*.

Estando un día en los toros
preguntó á su novia, Gil:
—¿Qué tercio te gusta más?
Y ella respondióle:— A mí
el que más me gusta, es
el de la Guardia Civil.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

MISCELANEA

—La cosa que más me molesta,—decía un petulante á otro, es un tonto con pretensiones.

—Es verdad,—dijo el otro;—y á mí, las pretensiones de un tonto.

La preocupación del tonto, consiste en poner en tela de juicio los conocimientos de los demás, que, por su ignorancia, no llega á comprender.

Todo ignorante se jacta en lo poco que sabe, haciéndose con sus pretensiones, el tipo genérico de lo ridículo.

El más pequeño mando en el ignorante, resulta una abstracción monstruosa.

La ignorancia es una mala conductora de la soberbia, petulancia, envidia, avaricia, odio, audacia, venganza, en contra de los que valen algo.

No quiero verla, no quiero,
¡será tan triste encontrarla
con hijos que no son míos
durmiendo sobre su falda!...

A un hombre muy presuntuoso, le decían que la vida de los héroes era corta.

Y replicó al instante:

—¿Por ventura tengo yo la culpa de no haber muerto todavía?

—Este bastón es bonito,
puño hermoso, de marfil.
—Vamos, señor Aracil,
cómprelo para Paquito.
—Señor, sí, el bastón me agrada;
pero me parece caro.
—No lo diga, don Genaro,
que la caña es regalada...
Por tres duros se lo dejo
si me compra otro bastón.
—Pues mire usted, don Zenón,
yo también, también lo dejo ..

En los baños:

—Papá,—decía un niño al tal,—¿por que aquellos que nadan del otro lado llevan cuatro calabazas?

—Porque así y todo siempre les toca ir debajo.

« Si te marchas, vida mía,
un cadáver hallarás »,
me dijiste, y al volver,
te encontré bailando un vals.

En un coche de segunda: un caballero, una señora y un perrito faldero.

La señora se duerme y su perrito no se cansa de lamerle la mejilla izquierda, el caballero se entusiasma y hace otro tanto en la derecha.

—¡Caballero, esto es un asalto!

—Perdone usted, señora; me parece que yo no he de ser menos que un perro.

Al puntillero Sandeces

le preguntó Pepe Aznar:

—¿Qué entiendes por rematar?

—Cuando se mata dos veces...

Al revolver de una esquina tropiezan un joven y una señora, quedando cogido él por el botón de la manga á la mantilla de ella. Hubo un violento altercado entre ambos para averiguar quién había atrapado á quién, hasta que un guardia, interviniendo, dijo:

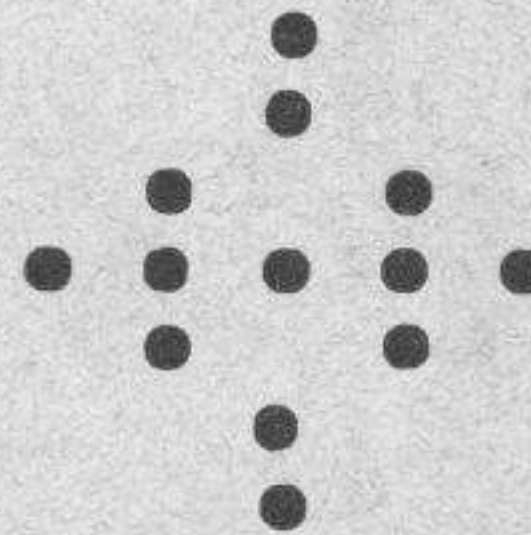
—Confiese usted, señora, y no le sepa mal, que los dos se han cogido á un mismo tiempo, que es como suceden estas cosas.

CHARADA

Nota musical la *prima*,
la *dos*, también musical.
tercera y *cuarta*, lo mismo
dos notas más hallarás
y el *Todo*, es un adjetivo
de un uso poco vulgar.

ANDRÉS DONATO PÉREZ

Estrella



Substitúyanse los puntos por letras de manera que se lea: línea vertical de arriba abajo y viceversa. — Imperativo. — Horizontal de izquierda á derecha y viceversa. — Adjetivo. — 1.ª inclinada de abajo arriba y viceversa. — Consonante. — 2.ª inclinada de abajo arriba y viceversa. — Nombre de mujer.

P. LUQUÍN.

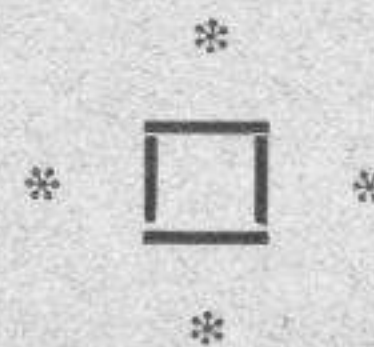
Problema



Substituir las cruces por cifras, de forma que sumadas, horizontal, vertical y diagonalmente, den por resultado 27.

CELESTINO G. HERBA.

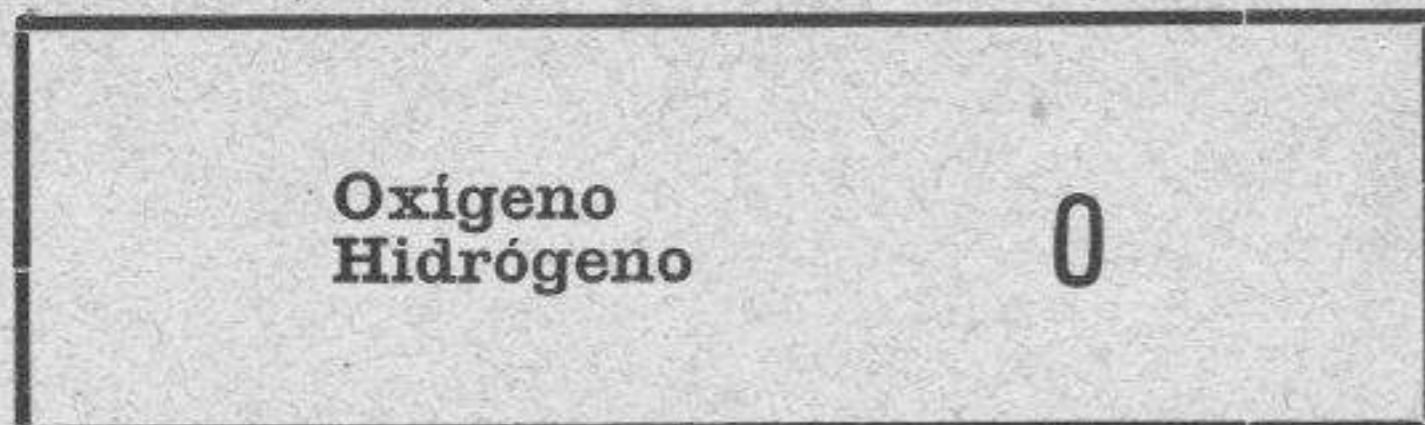
Tercio silábico



Substitúyanse las estrellas por sílabas, de modo que se lea de arriba abajo, población española; de izquierda á derecha = vehículo y emplazando en el cuadrado otra sílaba, debe leerse con las anteriores y en la misma forma: 1.º, población española y 2.º, enfermedad.

P. LUQUÍN.

Jeroglífico comprimido



IGNACIO CANAS.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Estanquero.

CRUZ NUMÉRICA. — Petronila.

ACRÓSTICO. — ADELINA
MICAELA
LADISLADA
ALEJANDRA
AURELIA
CASTORA
CONSTANTINA

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Cortesano.

Correspondencia

Sarrasín.—Lo primero que necesita uno para pasar por gracioso, es... ser gracioso. Se pierde usted de listo.

F. Fotapé.—Entran en turno.

L. M. M.—«Sé muy bien, señor Luján, (¿no es usted el Director?) que á caza de firmas van; y jamás cabida dan al trabajo de valor, si no lo miran firmado por algún poeta afamado ó algún escritor notable, lo que encuentro censurable y es por todos censurado.»

Sí, pasa algo de eso en muchas redacciones, no en ésta. Mi gusto sería, que todos ustedes me mandaran trabajos de valor; pero ¡ay! el valor de casi todo lo que recibo consiste en no valer nada, y aun en valer menos, porque se empeñan en escribir quienes, además de no tener inspiración, ni aptitudes, ni gracia, no tienen estudios ni cosa que lo parezca. Con más de uno y más de dos he sido benévolo, ora animándoles ora complaciéndoles. De modo que es todo lo contrario de lo que usted dice. La otra carta no se habrá recibido, pues contadas son las que no contesto. Lo que me envía es defectuoso. El verso «azorado te dí, en los albores» no tiene once sílabas á pesar de la coma. Incurre usted mucho en este defecto, según he visto por la epístola. Enmédese, y escoja ideas y asuntos de más miga é importancia, huyendo todo lo posible de licencias á que no autoriza jamás el verso, por la estrechez en que pone el casco de las sílabas. Y usted puede enmendarse.

B. Q. Adro.—No sirven.

J. J. S. R.—No me disgustan, pero quedan en cuarentena. Algo parecido a las «Erratas» he visto en alguna parte; por lo menos la idea no es nueva. ¿Puedo confiar? No digo que usted copie, no hago más que curarme en salud. Aviseme.

N. N. V.—«—Dígame osté, sarleosa.
—¿Es á mi? ¡pá chasco!
—No me haga osté la osa
ó la meto yo un casco
y la convierto en arropo..»

Tendrá que ver, porque los cascos de usted deben ser muy parecidos á los de las bestias caballares, y no

sé que de instrumentos así resulte miel; antes diría que están más indicadas las coces.

E. A.—Se me figura haberle contestado ya, aunque no lo afirmo. La idea me gusta, pero los versos están plagados de incorrecciones.

Oscuro.—También á usted se le ha dado respuesta: aténgase á lo dicho en el número anterior.

J. P.—Dice usted. «Pues en cuanto á los cantares siendo de tan poca importancia...» ¿De poca, está usted seguro? Eso creen cuantos versifican y así los ponen que no hay por donde cogerlos. Lo que le pasa al cantar es que no parece bueno sinó cuando resulta muy bueno, ó sea, cantar. Tiene que reunir méritos como el de la sencillez, el de la espontaneidad, el de la ternura, el de la elevación (por el sentimiento y por la frase), y sin pretensiones debe encerrar ideas graves, profundas, hondas. Lo explico así á la pata la llana, para que lo entiendan bien usted y otros que como usted cargan la mano en los cantares: es, en resumen, todo un poema encerrado en cuatro versos, y por tanto no resiste la más leve incorrección ni vanas palabras: y esto sin que pierda la virtud de la ingenuidad. Ahora diga usted mismo si le parece «cantar» este suyo que copio:

«Te quiero y adoro tanto,
sin poderlo remediar
que me suicidio ó me mato
¿Jesús que barbaridad?»

Añado que los cantares deben ser nuevos, y aunque el sentimiento no envejece nunca ¡es tan difícil no repetir lo que tantos poetas buenos han escrito cantando!

A otro.—A otro perro con ese hueso.

G. V. N.—«¡Qué estropicio, qué estropicio!
Silvela está en el poder
y le dice á don Gaiferos
¿qué es lo que vamos á hacer?
Don Gaiferos no contesta...»

Pues nos ha partido usted por el eje, porque esa misma pregunta hemos hecho todos y esperamos sentados la contestación. Así es que mande usted á Silvela en forma de instancia el romance y avíseme lo que resuelve, que yo seré muy gustoso de comunicarlo al público.

A. B. E.—No he dicho que «no quiero contestar, aunque me aspen, á los que ocultan con iniciales su nombre», sinó que no revelaré el nombre, así me aspen, de los que no quieran darlo á conocer ó no remitan trabajos aceptables. El de usted no aprovecha; pruebe otra cosa.

Y no va más por hoy. Siguen pendientes muchas cartas.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



LA SAETA



20 cents.

Núm. 449

